

Víctor Manuel Ovalle Hernández*

Apuntes sobre el surgimiento de la arqueología en México

En el presente artículo se revisan las principales posiciones en torno a los inicios de la arqueología mexicana. Se plantea la existencia de dos tradiciones arqueológicas: una basada en los esfuerzos personales de investigadores con formación intelectual diversa y otra más reciente, institucionalizada con fuerte sustento en la técnica. Se reflexiona sobre el papel de la tradición en la preservación del conocimiento, y el de la ciencia que duda de los saberes existentes y explora diversas posibilidades explicativas. Por último, se exponen las condiciones históricas que hicieron posible la aparición de la arqueología en nuestro país.

La duda es enemiga de la fe.

Umberto Eco
El nombre de la rosa

¿Cuándo surgió la arqueología en México? Ubicar los orígenes de nuestra disciplina trasciende el interés intelectual. Se enmarca en la necesidad de comprender lo que hemos sido y lo que podemos llegar a ser como disciplina independiente. Es la manera de visualizar objetivos claros, que puedan ser dirigidos paradigmáticamente. Es la forma de comprender nuestra identidad como arqueólogos, y lo que nos hace diferentes a otros especialistas.

Hace más de una década, la dirección del INAH conmemoró los 200 años de arqueología mexicana. No obstante, subsisten en el ámbito arqueológico diversas posturas en torno a los orígenes de esta disciplina. El objetivo de este trabajo es revisar lo que se ha pensado sobre el tema y contribuir a precisar el esquema de desarrollo histórico de la arqueología mexicana.

La posición predominante acerca de los inicios de la arqueología en México es la que relaciona el surgimiento de la *arqueología científica* a la adopción de métodos y técnicas propios de las ciencias naturales. Supone la existencia de una arqueología previa o antecedentes de la arqueología sistemática.

Aquí encontramos a Eduardo Noguera (1975: 39-43), quien consideraba que la arqueología verdaderamente científica se inició en México en 1910, con la fundación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas (EIAEA). En ella se llevaron a cabo “investigaciones que se consideran fundamentales para la arqueología mexicana”. Se limitó a señalar que estas primeras investigaciones dieron origen a la arqueología moderna, de la que él fue

* Escuela Nacional de Antropología e Historia. ovalleae@hotmail.com

un notable partícipe. Para el desaparecido arqueólogo, la utilización de métodos y técnicas adecuados, fue la condición necesaria para el surgimiento de esta arqueología.

Otro estimado punto de vista es el de Jaime Litvak (2000: 17, 25), quien relaciona la adopción del método científico con la constitución formal de la arqueología. Aunque reconoce que la disciplina cuenta con varios orígenes, uno de ellos localizado desde el siglo XVIII, “en la perenne lucha entre ciencia y religión, cuando ambas se negaban mutuamente”, piensa que la definición general de la arqueología se logró en el siglo XIX, cuando se aceptó que era una forma de estudiar el pasado, pero que a diferencia de la historia, no se apoyaba en el registro escrito de los hechos, sino en los objetos de cultura material: las cosas que quedaban de la antigüedad. El surgimiento de la arqueología en México versa en este sentido:

La arqueología mexicana comenzó con algunos visos de sistemática desde el siglo XVIII. Hubo desde luego, atracción por el pasado indígena desde la conquista europea en el siglo XVI, pero no fue sino hasta el siglo de las luces cuando se pudo intentar como una actividad puramente científica e investigativa. Varios exploradores interesados, entre los que se contaban las mentes más brillantes del país, visitaron zonas arqueológicas y describieron piezas de las culturas indígenas, con un espíritu de anticuarios parecido al que se desarrollaba en Europa en la misma época (*op. cit.*: 144).

De esta manera, al adoptar la sistematización propia del método científico, el sustento metodológico se adquiere en las ciencias naturales y el sustento teórico en el enfoque evolutivo.

También Leticia González (2001: 48-49) comparte este enfoque; argumenta que la arqueología se concentraba en la exploración, restauración y estudio de las grandes zonas monumentales, pero sin tratarse aún de una disciplina científica. Ésta llegó al introducir métodos y técnicas de obtención del material arqueológico y análisis de datos muy rigurosos. Además de la obligación de trabajar con especialistas como edafólogos, geólogos, geomorfólogos, palinólogos,

paleozoólogos. El estímulo intelectual fue generado por los prehistoriadores don Pablo Martínez del Río con *Los orígenes americanos* (1936) y la tenacidad de José Luis Lorenzo, quien se empeñó en obtener la infraestructura necesaria para realizar los estudios sobre la antigüedad del hombre en México.

En una posición extrema se ubica Manuel Gándara, quien en su tesis de maestría, publicada en forma de libro años más tarde (1992), señalaba que la arqueología nacional no había adquirido aún el carácter de ciencia:

El resultado fue lo que hemos llamado “conglomerado de protoparadigmas de la arqueología tradicional”, en que conviven intentos dispares, abortivos, de varios paradigmas que quedaron incompletos, y que crecían aglutinándose en su retórica, sin reconocer su divergencia ni su estado crítico (Gándara, 1992: 34).

El autor se embarca en una reflexión crítica de la institucionalidad arqueológica de la que concluye que se debe contar con métodos y fines comunes que hagan posible la unidad entre teoría y práctica dentro de la arqueología:

Para cumplir la esperanza de la disciplina de convertirse en ciencia, no vemos otra alternativa que la adopción explícita del método científico; esto significa una reorientación de la investigación hacia problemas explicativos, no sólo de dicho sino de hecho (*op. cit.*: 64).

Nos deja Gándara una obra de gran talento y agudeza teórica difícil de superar.

Por su parte, Ignacio Bernal (1979), profundo conocedor de la tradición arqueológica, señala la frontera del trabajo propiamente arqueológico: *la utilización del método estratigráfico*, que en el norte de Europa se venía desarrollando desde la década de 1840 (ver detalles en Trigger, 1992: cap. 3) y llega a México hasta la segunda década del siglo XX, introducido por Franz Boas, en ese entonces director de la EIAEA, quien encomendó a Manuel Gamio llevar a cabo investigaciones para determinar la primera sucesión cultural que se registra en San Miguel Amantla, municipio de Azcapotzalco en 1913. (Gamio, 1986: 35).

Comparte este punto de vista Joaquín García-Barcena (s/f: 7, 10, 12), quien piensa que sólo a partir de 1910 empieza a ser importante en la arqueología de México el influjo de las ciencias naturales, cuando se adopta la excavación estratigráfica. También plantea que nuestra arqueología comienza a diferenciarse en las primeras décadas del siglo XIX, a partir de antecedentes que pueden trazarse desde el siglo XVI.

En los autores citados existe la coincidencia de que la arqueología se constituye a partir de la adopción de métodos y técnicas de las ciencias naturales: *el método científico* o la técnica estratigráfica. Sin embargo, de ser esto cierto, se desprende entonces que es el método el que define finalmente a nuestra disciplina, o en otras palabras, que la arqueología es simplemente un método, lo que resulta sospechoso. Puede convenirse, en dado caso, que el método impacta una época de la arqueología, la más reciente, en la que el desarrollo tecnológico potencia la investigación en forma antes inimaginable, pero que no puede definir a la arqueología en su totalidad, la cual se edifica a partir de la necesidad de conocer quiénes fueron los pueblos que nos antecedieron. Por otro lado, el método científico no es propio de alguna ciencia en particular, proviene de las ciencias de la naturaleza, y la estratigrafía se desarrolla inicialmente en la geología y actualmente es compartida por la paleontología y la arqueología, por lo que si algo definiera, sería a la primera.

Desde mi punto de vista, la arqueología no puede definirse por el método porque los arqueólogos no sólo excavan, recuperan piezas y las analizan en laboratorio, sino que también observan, se hacen preguntas, buscan y contrastan la información. La arqueología adquiere el rango de ciencia, no por tomar la metodología de las ciencias naturales introducida por el positivismo; tampoco por hacer clasificaciones, elaborando series con los artefactos arreglados por su antigüedad ni por utilizar la estadística como auxiliar, para encontrar y demostrar patrones y tendencias en los hallazgos; no por la utilización de la cartografía aérea después de la

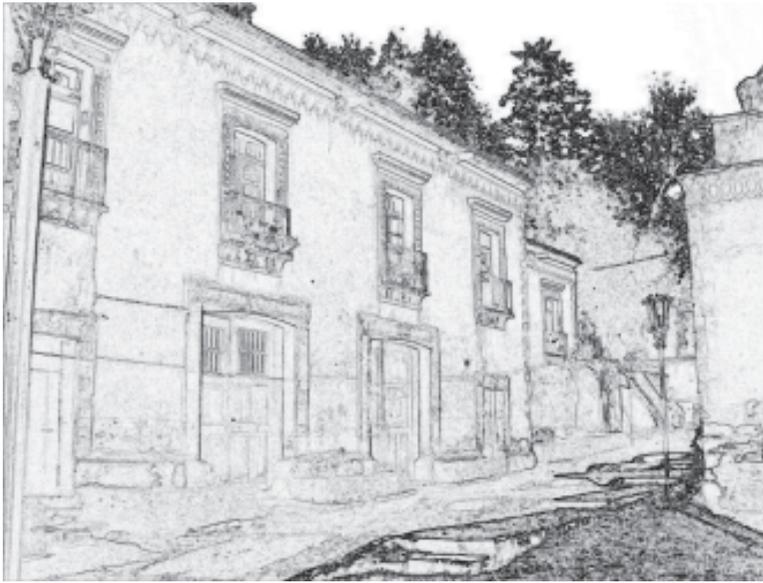
Segunda Guerra Mundial o por la integración de la física atómica (técnica de radiocarbono); ni últimamente por las técnicas de prospección, la utilización de los sistemas de información geográfica (SIG) y los modelos en computadora. Son todas ellas técnicas y procedimientos que optimizan la obtención, clasificación y análisis de los datos, que permiten mejorar la percepción del investigador, pero que sólo tienen razón de ser a partir de una problemática histórico-social planteada desde un enfoque o posición teórica. La arqueología es parte de la ciencia porque formula preguntas desde diversos marcos teóricos, que contrasta con los referentes observables, surgiendo de esta relación nuevas preguntas e implicaciones teóricas.

Es el mismo Bernal quien subraya el carácter científico de la arqueología:

Entiendo que la arqueología es la búsqueda científica que trata de descubrir y estudiar los restos materiales de pueblos pasados, para conocer la conducta humana a través de los artefactos producidos por su mente y por sus manos (*op. cit.*: 10).

Y es por esta razón por la que el mismo autor se traslada hasta los primeros días de la Colonia para rastrear los orígenes de nuestra disciplina.

También puede observarse que los autores citados invocan a la sistematización y rigurosidad en el manejo de los datos, como características definitorias de la denominada arqueología científica. Sin embargo, una revisión más detallada puede mostrarnos que estos elementos ya estaban presentes en exploraciones y estudios en épocas previas: el informe del capitán Antonio del Río sobre Palenque de 1787, una descripción minuciosa de los edificios y las piezas encontradas que fue acompañado de un cuerpo gráfico de 25 láminas. Del Río aseguró en su informe que no quedó “[...] ventana, ni puerta tapiada, ni cuarto, sala, corredor, patio, torre, adoratorio y subterráneo en que no se hayan hecho excavaciones de dos y más varas de profundidad” (Navarrete, 2000: 26-27); los estudios minuciosos de don Antonio León y Gama, el “primer arqueólogo mexicano”, sobre “las 2



● Antigua Hacienda Molino de Flores, Texcoco, Estado de México. José Alfredo Hernández Salgado.

pedras”, la Coatlicue y la Piedra del Sol, que fueron registrados en una obra de gran sabiduría (León y Gama, 1990); las exploraciones de John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood a territorio maya, quienes concluyeron que fueron los mayas los propios constructores de los edificios prehispánicos, señalaron la unidad cultural maya utilizando los jeroglíficos, inauguraron la descripción etnográfica, recogieron datos lingüísticos, realizaron mapeos, descripciones, excavaron sitios, discutieron la técnica de techar bóvedas y estaba patente en ambos el concepto de monumento-documento, que es la base de la arqueología, si entendemos documento como resto del pasado (Bernal, *op. cit.*: 108-113); los viajes de Désiré Charnay a nuestro país, quien utilizó una bibliografía muy amplia, introdujo la cámara fotográfica en las exploraciones y concibió la unidad cultural de lo que posteriormente se consideraría Mesoamérica (*ibidem*: 113-114). Además de la descripción arqueológica de los edificios mayas, se preocupó por realizar la etnografía de las poblaciones que iba visitando (Charnay, 1992).

Si la minuciosidad —reclamada por el positivismo— en el tratamiento de los datos ya estaba presente en anteriores exploraciones, cabe

entonces preguntarse que cambios reales hubo con el advenimiento de las ciencias naturales a la arqueología.

Observamos un desentendimiento de las crónicas históricas, los debates sobre los mitos de migraciones de los antiguos mexicanos, las vivencias, las percepciones personales, los relatos de viaje, las conjeturas, las interpretaciones generales, lo literario, lo anecdótico, y toda la tradición arqueológica fundamentada en el humanismo de la época, pero que el positivismo desestimó como metafísica. Se destacó en la descripción de los contenidos empíricos y

se inhibió la interpretación de los mismos.

Los positivistas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, recopilaron infinidad de datos e intentaron clasificarlos, publicaron obras importantes acerca de las zonas arqueológicas conocidas de la época, obtuvieron fondos directamente del Estado para sus investigaciones y aportaron el modelo de investigación para fundar la arqueología profesional. A cambio, despojaron a las ciencias sociales de su ropaje teórico de la época.

Sería injusto calificar de positivistas a los autores citados. La arqueología mexicana es en realidad mucho más ecléctica de lo que pensamos. Así, se puede hablar de una tradición arqueológica que se reproduce idealmente a través de la conservación de un núcleo duro de principios histórico-culturales, entre los que sobresale Mesoamérica, y un cinturón protector de conceptos secundarios tomados de las teorías rivales con los que se reformula las anomalías periféricas que enfrenta su actividad (Vázquez, 1996: 26-27). Lo que aquí interesa señalar es de dónde provienen los discursos y en dónde se localizan sus inconsistencias.

En 1990, la dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), a cargo de Roberto García Moll, eligió ese año para conmemorar los “200 años de arqueología mexicana”. Quedó asentado en ese entonces, que la práctica arqueológica se inició con el descubrimiento de “las 2 piedras” —las esculturas de la Coatlicue y la Piedra del Sol—, que se realizó durante las obras de nivelación de la Plaza Mayor en 1790. De esta manera, las celebraciones comenzaron a partir del 13 de agosto de 1990, con exposiciones en 29 estados de la República, mesas redondas, reediciones facsimilares de obras clásicas, la emisión internacional de una estampilla postal y de un sello alusivo, así como la proyección mundial de un largometraje (Armendáriz, 1990: 4-5).

Se habló entonces de la nueva actitud ante el patrimonio prehispánico a partir del hallazgo; de la “primera” publicación de carácter arqueológico: la de León y Gama; que dicho estudio fue resultado de la formación intelectual y del compromiso histórico y político asumido por los criollos de acuerdo con la filosofía de la ilustración (Navarrete, 2000: 8-9). Pero Carlos Navarrete no está de acuerdo en tomar el descubrimiento de “las 2 piedras” como punto de partida para la arqueología mexicana. Lamenta que las autoridades centrales no tomaran en cuenta las exploraciones a Palenque que se llevaron a cabo a partir de 1784:

Omisión injustificada tratándose de un descubrimiento fundamental... que puede oponerse con dignidad a la fecha oficialmente consagrada... las expediciones palencanas no fueron casuales; obedecieron a los afanes de pensadores locales igualmente ilustrados, surgidos en un entorno social con matices diferentes, modelados por una educación superior de larga tradición, con contactos culturales propios al exterior, y también en la dolorosa confrontación con el abandono y atraso social de los pueblos. Poseedores de un pensamiento político que pugnaba por los mismos derechos que trataban de lograr los criollos del centro de la Nueva España, cultivaban iguales sentimientos nacionalistas y quizá doblemente, pues tanto impugnaban los privilegios de los peninsulares, como la discriminación hacia los nacidos en las provincias de parte de las autoridades centralizadas en la capital del virreinato (*op. cit.*: 11).

Es entendible que una institución que cuenta entre sus objetivos el de fortalecer la identidad nacional, propio de un Estado que se autopromueva legítimo depositario de la herencia ancestral, genere su propio mito fundador a través de un evento de trascendencia histórica, hecho que en su momento funcionó como un presagio del fin de la época colonial y el advenimiento de la etapa republicana, significando también el resurgimiento de la cultura local que hasta ese entonces se había intentado suprimir.

José Luis Lorenzo (1998: 93) coincide con Navarrete en la temporalidad de los primeros trabajos de corte arqueológico:

La arqueología en México se inicia a fines del siglo XVIII, cuando Carlos III, quien antes de ascender al trono español, fue rey de Nápoles, por lo que estaba familiarizado con la arqueología romana, tanto que ordenó excavaciones en Herculano y Pompeya y sería el responsable de los primeros trabajos arqueológicos en América. Éstos dentro de la ideología de la época: es-cultura y arquitectura. Un ejemplo de esto son los trabajos realizados en Palenque, Chiapas en 1785 y 1786, por el capitán Antonio del Río y el arquitecto Antonio Bernasconi.

Es pues Carlos III un notable ilustrado, comprometido con las inquietudes por el saber de su época:

El amor por las bellas artes y en especial por las antigüedades que se despierta y afianza en los años transcurridos en Nápoles en el ánimo de don Carlos de Borbón es, en mi opinión, responsable en gran medida del nacimiento y desarrollo de la arqueología en general y particularmente de la arqueología del Nuevo Mundo. Pero no podemos hacer tal afirmación sin tener en cuenta el significado del espíritu y la ideología de la ilustración en la personalidad de Carlos III y en el mundo metropolitano y colonial de su tiempo... Por último, la expulsión de los jesuitas, intencionalmente o no, vino a favorecer la expansión en tierras americanas de las modernas tendencias filosóficas que, ante la ausencia de la compañía, que había constituido una verdadera muralla defensiva de los principios tradicionales del poder colonial, avanzaría de manera fulminante entre los miembros de la minoría intelectual de la colonia (Alcina, 1991: 330).

Vista así, la arqueología de este momento histórico, formó parte del complejo de ideas filológico-políticas y prácticas destinadas a socavar los poderes oscurantistas de la tradición religiosa y allanar el camino al capitalismo emergente, que en su modalidad revolucionaria se inclinó por el conocimiento sensible.

El ímpetu de la Ilustración, que animó el interés por el pasado en la Nueva España, se diluye en la conspiración y la efervescencia política que anteceden a la guerra de Independencia y continúan manifestándose en los años posteriores, generando durante medio siglo una inestabilidad social crónica, que mantuvo la búsqueda del conocimiento subordinada a las luchas por el poder.

Los orígenes de la arqueología en México pueden también ser ubicados en una fecha tan temprana como 1680, en la exploración que realizó don Carlos de Sigüenza Góngora en Teotihuacan (Schalvelzon, 1982). Y aunque no se conoce algún escrito al respecto de este sabio jesuita mexicano, se cuenta con una referencia de Lorenzo Boturini —seguidor de Sigüenza— quien habla de la pirámide del Sol:

Era este cerro en la antigüedad perfectamente cuadrado, encalado y hermoso, y se subía a su cumbre por unas gradas que hoy no se descubren por haberse llenado de sus propias ruinas y de la tierra que le arrojan los vientos, sobre la cual han nacido árboles y abrojos. No obstante estuve yo en él y le hice por curiosidad medir; y, si no me engaño, es de doscientas varas de alto. Asimismo mandé sacarlo en mapa, que tengo en mi archivo, y rodeándolo vi que el célebre don Carlos de Sigüenza y Góngora había intentado taladrarlo, pero halló resistencia. Sábese que está en el centro vacío... (Boturini, 1974: 52).

Vemos entonces que en fechas correspondientes a la etapa de la consolidación colonial, ya se exploraban los antiguos edificios prehispánicos, se indagaba sobre su origen e incluso se excavaba. Es decir, se hacía lo que hoy se acepta como práctica arqueológica.

Se sabe que Sigüenza coleccionaba documentos antiguos. De su lectura cuidadosa seguramente surgieron inquietudes, que para el caso de Teotihuacan intentó resolverlas realizando una o quizá varias excavaciones.

De vuelta a Bernal, la práctica arqueológica tiene un origen muy temprano:



● Antigua Hacienda Molino de Flores, Texcoco, Estado de México. José Alfredo Hernández Salgado.

La arqueología empieza con el anticuario como lo consideramos hoy, o sea el prearqueólogo, que busca los objetos más bien por su belleza o como curiosos y extraños sobrevivientes del pasado. En ocasiones tiene finalidades políticas, religiosas o simplemente comerciales. Se puede decir que anticuario es el arqueólogo antes de la utilización del método estratigráfico, la idea de establecer periodos de tiempo y de considerar objetos como parte de una cultura pasada, siendo ella y no las cosas el sujeto de investigación... Mientras el anticuario de antes trabajó más bien en la tradición bíblica, el arqueólogo de hoy lo hace sobre todo en el mundo de la evolución (*op. cit.*: 7-8).

Bernal tiene en mente a la arqueología europea, en donde el coleccionismo de piezas antiguas estuvo ligado al ascenso de las monarquías, la ruptura con el catolicismo y su identificación con el pasado grecorromano, propio del Renacimiento. Pero en México, la situación fue diferente, los colonialistas españoles se dedicaron a destruir la cultura material de los pueblos originarios para intentar imponer la propia. Esto anula la posibilidad de que hubiera un aprecio por los objetos antiguos durante la mayor parte del tiempo de vida colonial, que de acuerdo con la ideología religiosa peninsular procedían del error, el engaño, la idolatría y la herejía. No obstante, afloran ejemplos, no de coleccionismo, sino de auténtica arqueología como a continuación veremos.

Los inicios de la arqueología

Es en el siglo XVI cuando encontramos los inicios de práctica arqueológica contemporánea. Bartolomé de las Casas en sus escritos de la década de 1550, publicados 300 años después como *Apologética historia... e historia de las Indias*, muestra ya un interés arqueológico:

He visto en estas ruinas de Cibao un estadio o dos en la tierra virgen, en las llanuras y al pie de algunas colinas, madera quemada y cenizas como si hace algunos días se hubiera hecho allí fuego. Por la misma razón tenemos que concluir que en otras épocas el río pasaba cerca de ese lugar, y que allí ellos hicieron fuego, y que después se retiró el río. Quedó cubierto por la tierra que las lluvias arrastraron de las colinas. Y debido a que esto no podía haber ocurrido sino con el paso de muchos años y en tiempos muy antiguos, no hay duda de que los pobladores de estas islas y continente son bastante antiguos (citado en Fagan, 1984: 32).

Estamos ante una inferencia que surge a partir del análisis de restos materiales —madera quemada y cenizas—, el observador se pregunta por qué están allí esos restos y concluye —con una lógica arqueológica— que debieron haber sido hechos en tiempos muy antiguos.

Otro ejemplo claro es el de Diego de Landa, el controvertido franciscano quien aprendió maya



● Bartolomé de las Casas. Tomado de Fagan, 1984.

para predicar a los indios en su propia lengua. De esta forma consiguió informantes que le avisaban sobre actos de idolatría. Será recordado por el auto de fe de Maní (en Mérida) en el que aplicó tortura severa a indios, caciques, magistrados y maestros locales, con el fin de conocer los sitios donde se ocultaba a los ídolos y los nombres de los propietarios de los falsos dioses. Su celo religioso lo llevó a la destrucción sistemática de códices e ídolos mayas. Un hecho paradójico, ya que él mismo hizo una descripción de la escritura maya que sirvió de base para su posterior desciframiento. Además su *Relación de las Cosas de Yucatán*, publicada por Brasseur de Bourbourg en 1864, es hoy una obra clásica que detalla la vida indígena, los sitios arqueológicos y las antigüedades en general (*op. cit.*: 47-55).

En una época en la que se hablaba de la influencia externa para explicar el origen de los americanos —atribuido a cartagineses, hebreos, atlantes, gigantes, Santo Tomás, etcétera—, es el mismo Landa quien opina que los indios habían sido los propios constructores de los edificios:

Hay en Yucatán muchos hermosos edificios... todos son de piedra muy bien cortada... Estos edificios no

han sido contruidos por otras naciones que no hubieran sido las de los mismos indios; y esto se puede ver en las estatuas desnudas de piedra que visten prendas de ropa que llaman en su lenguaje *ex*, así como otras prendas que los indios usan (actualmente) (*ibidem*: 41).

De nueva cuenta, reconocemos una inferencia surgida del análisis de antigüedades, que en este caso se trata de esculturas en piedra. Si bien es cierto, la búsqueda de estos cronistas se encuentra limitada por la carencia de técnicas, procedimientos específicos y por los intereses de la época, está ya presente la relación fundamental que define a la arqueología: un observador que indaga sobre los pueblos desaparecidos, y un conjunto de artefactos antiguos de donde emana una deducción o inferencia.

El mismo Bernal (*op. cit.*: 19-20) observa que Sahagún *utiliza la arqueología* para demostrar que fueron los toltecas los primeros pobladores:

[los toltecas]... vivieron primero muchos años en el pueblo de Tullantzinco, en testimonio de lo cual dejaron muchas antiguallas allí y un cu que llamaban en indio Uapalcalli... Y de allí fueron a poblar a la ribera de un río junto al pueblo de Xicotitlán, y el cual ahora tiene nombre de Tulla, y de haber morado y vivido allí juntos hay señales de las muchas obras que allí se hicieron, entre las cuales dejaron una obra que está allí y hoy en día se ve, aunque no la acabaron, que llaman coatlaquetzalli, que son unos pilares de la hechura de culebra, que tienen la cabeza en el suelo, por pie, y la cola y los cascabeles de ella tienen arriba. Dejaron también una sierra o un cerro, que los dichos toltecas comenzaron a hacer y no lo acabaron, y los edificios viejos de sus casas, y el encalado parece hoy día. Hállanse también hoy en día cosas suyas primamente hechas, conviene a saber, pedazos de olla, o de barro, o vasos, o escudillas, y ollas. Sácanse también de debajo de tierra joyas y piedras preciosas, esmeraldas y turquesas finas... (1956, III: 184).

Soustelle (1988: 267) no dudó en nombrar a Sahagún el verdadero padre de la etnología y arqueología mexicanas, en un acto de justicia para quien se vio forzado a abandonar sus manuscritos debido a la presión de la jerarquía religiosa, pero, no obstante, nos legó una obra de

gran importancia —su *Historia General de las cosas de la Nueva España*— en el conocimiento de las culturas prehispánicas y la valoración del impacto europeo sobre dichas sociedades.

En este momento histórico en que ciencia y religión aparecen entrelazadas, la arqueología y el saqueo tampoco cuentan con fronteras definidas:

Por motivos de simple enriquecimiento se inició desde la expedición de Grijalva, tanto en la Isla de Sacrificios como en el río Tonalá (Juan Díaz, 1858: 298, 304), el saqueo de las tumbas indígenas. Muchas de estas violaciones fueron contemporáneas a la conquista, pero hubo otras posteriores, como la triste historia de un capitán Figueroa en Oaxaca, quien tras de reunir mucho oro sacado de tumbas, naufragó ahogando bienes y vida (Díaz del Castillo, 1939, III: 127). Estas búsquedas debieron ser frecuentes, y en varias ocasiones fueron legalmente autorizadas por el gobierno, como lo demuestra la licencia concedida en 1530 al conde de Osorno, presidente del Consejo de Indias, para descubrir y abrir entierros durante 20 años. Seis años después se señalaron derechos reales sobre lo descubierto, y, para colmo, en 1538 Osorno se queja de ese gravamen (Bernal, *op. cit.*: 40).

Se puede afirmar que arqueología y saqueo han estado presentes en cada una de las épocas por las que ha transitado México. Ahora bien, el intentar rastrear una fecha fundacional para nuestra disciplina conlleva una problemática adicional: observamos los eventos históricos pero no los procesos sociales, que finalmente son los que han dado forma a la ciencia contemporánea. Con esta idea en mente, intentaré a continuación definir las tradiciones arqueológicas que lograron asentarse en nuestro país.

Anticuarismo

Se trata de una práctica cercana a la arqueología en la cual está presente un observador que siente atracción por los objetos del pasado, los retiene para sí y aunque se hace preguntas acerca de ellos, no es indispensable que se las responda. El énfasis del anticuario se ubica en la



● Ex Hacienda Molino de Flores, Texcoco, Estado de México. José Alfredo Hernández Salgado.

estética del objeto y no en la razón histórica. Aun cuando los artefactos prehispánicos llegaron a Europa como curiosidades exóticas y resguardadas junto a colecciones de piezas de origen diverso, durante el periodo de la Nueva España no existieron condiciones sociales e ideológicas para sustentar esta práctica, por lo que su aparición debió ser tardía, quizá a finales de esta etapa, fomentada por el surgimiento de la *mexicanidad* entre criollos y mestizos, algunos de ellos jesuitas; el “espíritu” de la Ilustración que llegó a México por medio del contrabando de libros prohibidos por la Iglesia católica; y las reformas borbónicas —también de inspiración ilustrada— que activaron el interés por el pasado prehispánico. Viene al caso recordar que el primer museo de historia natural surgió en 1790, que fue antecesor del Museo Nacional, el cual resguardó las antigüedades a partir de 1825 (Bernal, *op. cit.*: 119-126).

Arqueología erudita o de saberes

Este tipo de arqueología es posible debido a los esfuerzos personales de los investigadores, en donde no existen aún instituciones especializadas en esta área del conocimiento, si acaso,

el apoyo de sus gobiernos respectivos, con un interés colonialista, por lo tanto, tampoco existe el arqueólogo como especialista, sino gente interesada en el pasado con formación heterogénea, procedente de diversas áreas del conocimiento. Es el caso de Bartolomé de las Casas y Diego de Landa de formación teológica; sabios como don Carlos de Sigüenza y Góngora, quien fue escritor, coleccionista de antigüedades, astrónomo, artista, novelista, y arqueólogo; eruditos como John L. Stephens, caballero, abogado, político, escritor, explorador, aventurero y arqueólogo; Frederick Catherwood, instruido

en las bellas artes, arquitecto, dibujante, cartógrafo, viajero, explorador y arqueólogo (Ciprés, 1988); y Eduardo Seler graduado en ciencias naturales y filología, viajero e investigador minucioso de los objetos arqueológicos —interpretó varios códices— y de las diversas áreas mesoamericanas. Representante de la corriente positivista en la arqueología de México en palabras de Bernal (*op. cit.*:142), aunque de acuerdo con Sepúlveda (1988: 439), la corriente ideológica que principalmente lo influyó fue la tradición histórico-cultural alemana.

Encontramos en esta tradición de la arqueología a uno o varios observadores, quienes sienten atracción por los artefactos antiguos, se hacen preguntas sobre los productores, realizan investigación de campo y generan inferencias; exhiben gran aprecio por las crónicas del siglo XVI y los documentos antiguos que constituyen sus fuentes para hablar de temporalidad; son partícipes de los debates de la época que giran en torno a los orígenes de los americanos; desarrollan diversas técnicas de acercamiento a los objetos, e implementan modestas clasificaciones; se alojan en la antesala de las técnicas de fechamiento y las secuencias culturales.

Arqueología profesional o institucionalizada

Se trata de la arqueología como disciplina independiente. Nuevamente encontramos uno o varios observadores quienes sienten atracción por los objetos del pasado, pero que ahora son profesionales en arqueología, sirven a instituciones especializadas de donde obtienen el financiamiento para realizar el trabajo de campo. Utilizan toda clase de técnicas y procedimientos como la estratigrafía y la técnica de radiocarbono; la estadística, la cartografía y la fotografía aérea; las técnicas de prospección, los sistemas de información geográfica y los modelos computacionales, que hoy es posible utilizar debido a la organización interna de la disciplina, que gira en torno al INAH, que cuenta con fondos permanentes para la investigación y salvaguarda del patrimonio cultural; personal, instalaciones propias y publicaciones; que se sirve de la emergencia de algunas instituciones de educación superior, que como la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) abrieron sus respectivos departamentos de arqueología y contribuyeron a la formación de especialistas en la materia. La institucionalización también supuso, generar una reglamentación específica que se ha venido configurando desde la ley del 11 de mayo de 1897. En ella ya se declara que todos los monumentos arqueológicos son propiedad de la nación (Bernal, *op. cit.*: 131).

La construcción de una nueva tradición arqueológica

Desde el siglo XIX —fecha de la consolidación de los Estados-nación en Occidente— es clara la necesidad de institucionalizar la vida pública del México independiente. No obstante, la desorganización social de un país surgido tras la guerra de Independencia, inmerso en la

quiebra económica, la falta de comunicaciones entre las diversas regiones del amplio territorio, los constantes conflictos armados, —entre los que se incluyen asonadas militares, golpes de Estado, levantamientos indígenas, luchas por el territorio, bandolerismo y las invasiones norteamericana y francesa—, limitaron los avances en este sentido.

Entre los primeros intentos de institucionalización de los estudios del pasado apareció el Museo Nacional de México en 1825, alojándose en las instalaciones de la Universidad y posteriormente en su local propio a partir de 1879 (Bernal, *op. cit.*: 126-129). Durante la intervención francesa en nuestro país, en 1864, Napoleón III creó la Comisión Scientifique du Mexique de la que sobresale el trabajo del abate Brasseur de Bourbourg (*op. cit.*: 94). Por estos años, se crearon las primeras sociedades científicas, ellas tuvieron una actividad permanente en el conocimiento de los diversos aspectos geográficos, estadísticos y antropológicos del territorio nacional; consiguieron fondos para la investigación, produjeron publicaciones seriadas, resguardaron colecciones arqueológicas y organizaron congresos, por lo que estaban al día de lo que ocurría en la ciencia de otras latitudes. Con



● Parque Molino de Flores, Texcoco, Estado de México. José Alfredo Hernández Salgado.

la consolidación de las sociedades científicas se sustituyeron los esfuerzos individuales. De esta manera, la transición de la arqueología de saberes a la arqueología profesional fue un proceso irreversible.

En este paso de una arqueología a otra aparecieron varios eruditos quienes obtuvieron apoyo estatal para realizar sus investigaciones o bien eran arqueólogos formados en otros países: Bresser de Bourbourg, sacerdote francés, fue seducido por la arqueología americana; investigó en archivos, bibliotecas, colecciones públicas y privadas. Al llegar a México fue nombrado capellán de la Legación de Francia; entre 1859 y 1860 hizo recorridos en México y Guatemala patrocinado por el Ministerio de la Instrucción Pública; tradujo el *Popol Vuh*, publicó la *Relación de las cosas de Yucatán* de Landa y fue un promotor asiduo del arte antiguo mexicano dentro de su patria (Soustelle, 1988). Désiré Charnay, quien ya excavaba en Tula, Teotihuacan y en las laderas de los grandes volcanes, consagró su fortuna a la publicación de manuscritos mexicanos ilustrados como el *Codex Borbonicus*, el *Cospi* de Bologna, el *Borgia*, el *Fejervary-Mayer* de Liverpool (*op. cit.*: 277-278). Leopoldo Batres, nacido en México, quien estudió antropología y arqueología en Francia, regresó a nuestro país y unos años más tarde —en 1884—, fue nombrado inspector de Monumentos Arqueológicos de la República en la época en que ya existía una sección de Arqueología del Museo Nacional (Manrique, 1988: 244-245). Batres realizó numerosos trabajos de exploración y a veces de reconstrucción de monumentos, particularmente en Teotihuacan y Mitla. Con su esfuerzo personal, estos viajeros y exploradores exhibieron la necesidad de contar con un centro para la formación de arqueólogos profesionales que fuera también un centro de investigación de las disciplinas antropológicas en México, con un mayor alcance que los cursos que se ofrecían en el Museo Nacional.

Es hasta las postrimerías del Porfiriato cuando se materializó esta idea con la creación de la EIAEA como parte de las celebraciones del cen-

tenario de la Independencia de México. Este centro de investigación —auspiciado por los gobiernos y universidades de Francia, Alemania, Prusia, Estados Unidos y México—, tuvo como directores a Eduardo Seler (1911), Franz Boas (1911-1912), Jorge Engerrand (1912-1913), Alfred Morston Tozzer (1913-1914) y Manuel Gamio (1915). En la EIAEA los alumnos poseían una formación comprobada dentro de las disciplinas antropológicas, eran becarios y provenían de diversos países. La Escuela Internacional, inaugurada fastuosamente el 20 de enero de 1911 en la sala de conferencias del Museo Nacional, con la asistencia del presidente de la República, su gabinete y el cuerpo diplomático acreditado en nuestro país, tenía como objetivo lograr el progreso del conocimiento de la historia remota de América por medio de la enseñanza y el trabajo de investigación.

Tras cinco años de intensa actividad académica, la EIAEA resintió la inestabilidad social y económica de un país asolado por la guerra civil, y se vio orillada a clausurar su proyecto, no obstante los esfuerzos de Gamio por sacarla a flote. El proyecto de la Escuela, arropado bajo una mística interdisciplinaria, incluyó labores de enseñanza y divulgación en el Museo Nacional; el estudio e interpretación de las piezas del propio museo; temporadas de campo y la recolección de materiales en zonas arqueológicas en el centro y sur del país; la formación de una colección de documentos de folclore, procedentes de Pochutla; Milpa Alta y Tehuantepec; los programas de etnología, lingüística y folklore desarrollados en Oaxaca, Jalisco y Zacatecas; los estudios fonológicos de Boas, así como la implementación del método estratigráfico para las investigaciones de la cuenca de México que mostró la existencia de tres grandes horizontes o culturas: arcaica, tolteca y azteca; y las publicaciones de la Escuela que se dividían en informes de actividades y anales, sentaron las bases de la futura profesionalización de los arqueólogos mexicanos (García, 1988; Noguera, 1951).

Para satisfacer las demandas sociales y pacificar al país, se reorganizó la administración pública.

Se creó entonces la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, dependiente de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Fundada y dirigida por el doctor Gamio de 1917 a 1924, se propuso estudiar con los métodos de las ciencias sociales, las medidas prácticas que atacaran los problemas de la población. En 1919, la Dirección cambió su nombre por el de Antropología, al considerar que se apegaba más a su objeto de estudio: la población. Está ya presente la idea de desarrollar el país bajo la perspectiva nacionalista. Esta ideología le permitió a Gamio diseñar y llevar a cabo el célebre proyecto *La población del valle de Teotihuacan* con una fructífera visión integral e interdisciplinaria. Para 1925, Gamio fue nombrado subsecretario de Educación Pública y se llevó la Dirección de Antropología a esa dependencia, la cual subsistiría y serviría de base a la conformación del (INAH) en 1939 (Olivé, 1988).

Unos años más adelante, el avanzado proceso de institucionalización generó la Ley de Conservación y Protección de Monumentos y Bellezas Naturales, además, dio forma al Departamento de Monumentos y Objetos Artísticos, Arqueológicos e Históricos de la República, creado por decreto presidencial en 1930. Estos instrumentos institucionales fueron acompañados de la emisión de nombramientos de inspectores y subinspectores honorarios de Monumentos Artísticos e Históricos, cuya tarea consistió en localizar, cuidar y reportar a las autoridades centrales los objetos artísticos e históricos presentes en sus demarcaciones. De esta labor, pionera en la conformación del patrimonio cultural, surgieron catálogos de monumentos y monografías, así como la emisión de declaratorias de monumentos (Montes, 2004).

Para finales de la década de 1930, existían los antecedentes necesarios para la creación de una estructura orgánica más sólida, que promoviera el patrimonio cultural en todo el territorio mexicano. Desde su fundación, fueron confiadas al INAH atribuciones de carácter nacional: la exploración de las zonas arqueológicas del país;

la vigilancia, conservación y restauración de monumentos y objetos arqueológicos, históricos y artísticos de la República; las investigaciones científicas y artísticas que interesan a la arqueología e historia de México y la publicación de obras de carácter antropológico (Olivé, 1988b: 207-208). La creación de esta dependencia puede entenderse como la culminación del proceso de institucionalización de la arqueología mexicana que tuvo sus inicios desde el siglo XIX. Se consolidó en un momento bastante propicio: cuando las exploraciones eran ya generalizadas en todo el territorio nacional, y la plantilla de investigadores y las publicaciones se habían incrementado notablemente.

Fue necesario el impulso de la ideología de la Revolución mexicana para consolidar esta tradición arqueológica articulada a la especialización disciplinaria. Así, pudo observarse el pasado prehispánico desde la perspectiva mesoamericana, que alude a un *pasado glorioso*, rasgo imprescindible en la construcción de una nación. La adopción de la doctrina nacionalista reorientó los esfuerzos de la comunidad arqueológica, y convirtió a la arqueología mexicana en un importante aparato de ideología estatal.

Cabe aquí traer a Kuhn, quien planteaba que la adopción de un paradigma, generalmente, marca el inicio de una disciplina como científica. También plantea que es el momento en que se crean las primeras sociedades científicas, se publican revistas especializadas y se incluye la disciplina en los currícula; asienta que la adopción generalizada de un paradigma permite centrar la investigación sobre ciertos problemas que se consideran entonces pertinentes, reduciendo el campo potencial de estudio y facilitando un avance más rápido (citado en Gándara, 1992: 25-26). Entre los problemas considerados pertinentes se resolvió la ubicación de Tula en espacio y tiempo, la temporalidad de los olmecas, la definición de Mesoamérica y el norte de México, en las primeras Mesas Redondas de la Sociedad Mexicana de Antropología durante los primeros años de la década de 1940.



● Molino de Flores, Texcoco, Estado de México. José Alfredo Hernández Salgado.

Aunque la noción de *paradigma* como modelo de investigación puede explicar en parte el proceso de institucionalización de la arqueología mexicana, Kuhn mismo abandonó su aplicación en las ciencias sociales en donde se enfrentó a los desacuerdos de los científicos sociales sobre la naturaleza de los problemas y métodos científicos aceptados. Para fines de este estudio, es pertinente sustituirlo por “tradición arqueológica” que Vázquez (1996:9) define como “aquel legado cultural específico de conocimientos, enfoques y modos cognoscitivos, lo mismo que de actitudes, valores, intereses y formas de conducta repetidos e interactuados por grupos y cuasigrupos de arqueólogos de ese modo identificados”. Es relevante añadir, que una práctica social se convierte en tradición cuando una importante cantidad de recursos materiales y humanos se dedican a su preservación. De esta manera, la institucionalización de la arqueología corresponde a la formalización de una nueva tradición arqueológica en México.

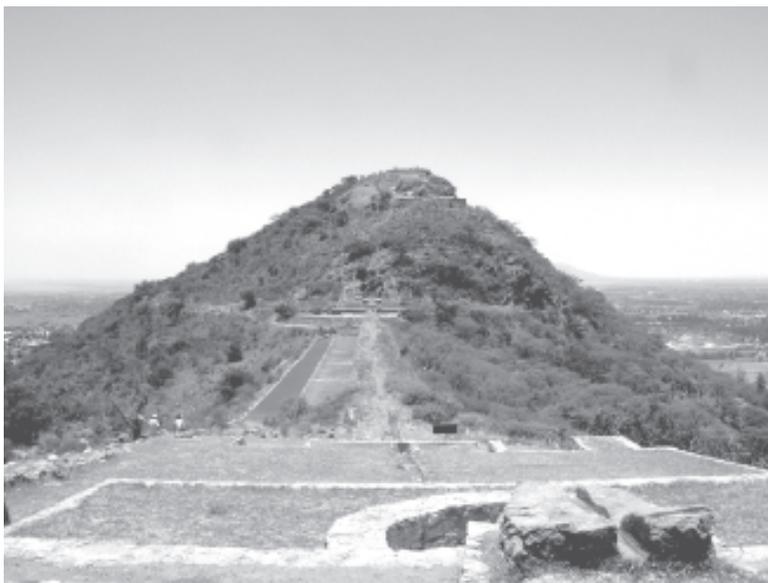
Al paso de algunos años, esta tradición de mística nacionalista se ligó también al desarrollo del turismo en nuestro país a través de una modalidad de hacer arqueología: la habilitación de zonas monumentales para su visita. Como diría Ignacio Rodríguez (1996: 92): “el pasado prehispánico, ya altamente rentable ideológicamente, también empieza a serlo económicamente”. O en palabras de Gándara y Manzanilla:

La arqueología oficial ofreció al Estado dos líneas básicas de justificación para su existencia, que no eran precisamente derivadas de la necesidad de conservar el patrimonio como material científico y como herencia nacional y humana. La primera línea fue la aportación de materia prima con la que se construye un espíritu nacionalista en torno al pasado común. La unidad nacional se estima como indispensable dentro del desarrollista mexicano y espera lograrse mediante una enunciación de la historia cultural de México. La segunda línea fue un resultado indirecto de los trabajos en sitios monumentales como Teotihuacan, Monte Albán, Tula, Uxmal, etc., que se convirtieron en atractivos lugares turísticos. Se consideró la posibilidad de que sirvieran al mismo tiempo como instrumentos didácticos y como fuentes de captación de divisas; otra vez, dentro del modelo desarrollista mexicano, el turismo constituye una esperanza en la nivelación de nuestra balanza de pagos (Matos, *et al.*, 1977: 293-294).

La subordinación al Estado limitó el desarrollo de la arqueología profesional, la cual se conformó en gran medida con satisfacer los requerimientos ideológico-económicos impuestos desde el poder. La arqueología oficial mexicana ha llegado a confundir los fines del Estado con los fines propios. No obstante, una arqueología académica más comprometida con el desarrollo del conocimiento se ha manifestado principalmente desde los centros de educación superior operando como oposición a las políticas doctrinarias predominantes. En suma, de los sabios de otras épocas se pasó a los múltiples especialistas que trabajan hoy en subdivisiones cada vez más compactas de la disciplina.

La arqueología como ciencia

Bajo el enfoque presentado, la ciencia no es sinónima de certeza, sino de búsqueda continua.



● Texcotzingo, Estado de México. José Alfredo Hernández Salgado.

La ciencia es la búsqueda del conocimiento sobre el universo desde diferentes enfoques teóricos, filosóficos y paradigmáticos, que admite contrastación a todos sus niveles, desde los postulados más generales hasta los de nivel más básico; de la manipulación de variables en laboratorio, hasta la confrontación en la realidad social misma. En su seno han coexistido todo tipo de ideologías, incluyendo los enfoques religiosos, cuando se han desentendido de preservar la tradición y deciden transitar por los caminos de la búsqueda. Es decir, cuando la duda aflora, y los saberes se incrementan. Baste mencionar que los científicos renacentistas —provenientes de la universidad medieval europea la cual tenía cuatro facultades: medicina, derecho, teología y filosofía en donde entraba lo que no era teológico— no negaron la existencia de Dios e intentaban conciliar las explicaciones del mundo sensible con la idea divina. Tampoco los positivistas —pese a sus intentos— se escaparon de las proclamas ideológicas. Así, pensaron excluir a los que no eran partícipes del método científico, es decir, a los filósofos, humanistas y otros investigadores sociales.

El cienticismo instituye la idea de que sólo hay una manera de hacer ciencia. Pero lo que la historia de la ciencia nos enseña, es que no existe

un método único, porque los esfuerzos por acceder al conocimiento son múltiples. Lo que es funcional para la investigación en las ciencias naturales puede no ser concebido en las ciencias sociales. Para la antropología, por ejemplo, el laboratorio es la comunidad misma de donde selecciona sus muestras. La paradoja de intentar realizar arqueología únicamente con los métodos de las ciencias naturales es que el pasado constituye una abstracción del presente que bien puede ser acomodado en el ámbito de la metafísica junto a las costumbres, los mitos, las formas reli-

giosas y todo lo que tiene que ver con lo intangible: el simbolismo, el pensamiento y la cultura de las sociedades desaparecidas. De esta forma, el pasado se vuelve inaccesible, a no ser que recurramos al método histórico o a alguna fórmula hermenéutica de las ciencias sociales. Las clasificaciones, mediciones y descripciones por más minuciosas que se presenten, son improductivas en tanto no se relacionen a argumentaciones coherentes, que compitan con otras argumentaciones, generando así, un ambiente de debate y búsqueda continua, que con un método único no es posible garantizar. A no ser que se piense que la ciencia no debe ser creativa.

He sugerido que la tradición aparece como oposición a la ciencia. Pero no se trata de una oposición excluyente, sino de una tensión permanente que por momentos históricos parece resolverse en un sentido u otro de los opuestos. Ahora mismo hablamos de “tradiciones científicas” o “tradiciones arqueológicas” que tienden más a preservar que a desarrollar el conocimiento. Pero cuando la tradición llega a dominar a la ciencia, ésta se transforma en dogma, con su apego inherente a la fe, que es la creencia irrefutable; la que no admite contrastación. De allí que se hable más de *tradiciones religiosas*, que de *tradiciones científicas*, porque se

pensaba que los dogmas no tenían lugar en la ciencia. Ahora podemos cuestionar esta idea.

La pugna entre tradición y ciencia ha generado un caudal de conocimientos de gran importancia para la humanidad. Las mismas religiones se han nutrido de la competencia intelectual de nuestros tiempos, de ahí han surgido enfoques y tendencias anteriormente inconcebibles como la arqueología bíblica, que utiliza la tecnología moderna para corroborar la veracidad de sus escrituras. Entonces, se puede observar que el dogma se transforma en ciencia y la ciencia en dogma. No hay productos puros, ni en la ciencia, ni en alguna otra práctica humana, porque los seres humanos —incluyendo a los científicos— nos movemos por intereses y éstos no pueden ser calificados, aunque sí pueden ser entendidos.

A estas alturas ya puedo pronunciar me partidario de la existencia de enfoques diversos dentro de la ciencia, incluso los más conservadores. Pero reconozco la necesidad de marcar límites al relativismo cultural. Es decir, a esa idea anquilosada que plantea la diversidad de la cultura y como tal, todas las formas explicativas son válidas, anulando con ello la posibilidad de debatir. A cambio, se debe fomentar la contrastación de los postulados teóricos de cualquier nivel: general y particular.

Un autor puede presentar cualquier tipo de ideas, pero si quiere hacer ciencia, deberá prepararse para la confrontación de sus planteamientos en relación con la evidencia material —lo que todos podemos palpar—, tanto con sus colegas, con los investigadores de otras áreas del conocimiento, pero también con la opinión de los no especialistas, quienes tienen un peso importante a la hora de aceptar o rechazar algún enfoque. La destreza intelectual es importante pero no suficiente sin el involucramiento a los fenómenos reales. Es evidente que el camino será menos arduo para los científicos que se sumen a las teorías más aceptadas —finalmente las más confrontadas—, pero esto no anula la necesidad de generar propuestas novedosas ante problemáticas pendientes.

Justificación de la arqueología

La arqueología es la suma de esfuerzos de muchos hombres y mujeres de continuas generaciones desde épocas antiguas. Pero no debe pensarse que esta disciplina es el resultado del buen tino o de las buenas ideas de sus precursores. La arqueología es un producto social, por lo que debe su desarrollo a las condiciones sociales concretas de cada una de las épocas por las que ha transitado. La arqueología —como otras ramas de la ciencia— justifica su existencia en condiciones históricas concretas que le acompañan a lo largo de su desarrollo:

a) La pérdida de la memoria histórica: la arqueología va a aparecer en el mundo cada vez que la memoria histórica —oral o escrita— desaparezca o se vea truncada por conflictos sociales del tipo de guerras e invasiones. No tendríamos pensadores preguntándose por los antiguos pobladores de una región si los libros y el registro histórico del tiempo se hubieran librado a la destrucción deliberada en un proceso de confrontación entre grupos humanos distintos. Esta premisa puede aplicarse también al mundo Mediterráneo, en donde se ha atentado contra la herencia histórica de los pueblos conquistados en múltiples ocasiones: destruyendo libros, derribando monumentos, saqueando tumbas y recintos sagrados. La destrucción de la Biblioteca de Alejandría a manos de los cristianos, significó una pérdida muy sensible, tanto a la tradición helénica, como al conocimiento antiguo en general. La biblioteca de Alejandría, que pudo albergar hasta medio millón de libros en forma de rollos de papiro escritos a mano, es el lugar donde los hombres reunieron por primera vez de modo serio y sistemático el conocimiento del mundo (Sagan, 1985: 18-21). En América encontramos un equivalente en la destrucción de los códices y de los registros en piedra prehispánicos.

b) La formación de la conciencia social o utilización del pasado con fines políticos: la arqueología es también un invento y una herramienta de los grupos humanos quienes observan en el

pasado elementos de identificación con el presente. En nuestro caso, la arqueología nacional se ha preocupado por dejarnos claro que existe una continuidad entre las sociedades prehispánicas y el México contemporáneo. Se concibe como una línea en el tiempo en la que resultamos herederos de una tradición de grandeza cultural que el Estado se adjudica el derecho de administrar:

La necesidad de un pasado glorioso para la nación, de una Edad de Oro, es la causa de que la formación del Estado moderno que se produce desde finales del siglo XVIII lleve a un aumento significativo de la importancia del estudio del pasado, de la historia. Para que el estudio del pasado sea efectivo, la labor del historiador y del arqueólogo ha de profesionalizarse, lo que produce que en el siglo XIX se pase de una concepción de la historia como afición erudita a otra en la que es considerada como una labor profesional (Díaz-Andreu, 1998: 118).

Entendemos entonces el enaltecimiento estatal de la herencia cultural y la consignación de nuestro origen en las culturas presuntamente más civilizadas de la etapa precolombina.

c) Curiosidad intelectual por lo que es diferente: constituye el aspecto subjetivo de la arqueología, tiene que ver con la personalidad del investigador y con las preguntas que se formule: sus motivaciones del conocimiento. Tuvo que ver en los siglos previos con la búsqueda de lo exótico, lo extraño y lo nativo; con el pasado mítico de los pueblos, y tiene que ver actualmente con la búsqueda de los orígenes, las relaciones interétnicas y la definición de los procesos de cambio, que atraen a los investigadores hacia el ámbito arqueológico.

Estas tres condiciones históricas mencionadas aparecen en México, aunque no de manera simultánea. La pérdida de la memoria histórica y la curiosidad intelectual en algunos misioneros hacen posible el surgimiento de la arqueología desde los primeros días de la Colonia; pero la formación de la conciencia social y de identidad histórica se desarrolla posteriormente entre los criollos, quienes resienten la carencia de

una Nación propia, pero que sólo sería posible hasta la aparición del Estado republicano.

En un magistral ensayo, Díaz-Andreu plantea como hipótesis inicial de trabajo que la profesión arqueológica no existiría si el nacionalismo no hubiera triunfado como ideología política (*op. cit.*: 117). Esta idea resalta la importancia de las condiciones sociopolíticas que rigen un momento histórico, modelan las instituciones y dan forma y acceso al conocimiento. Aunque, como hemos visto, la arqueología justifica su existencia más allá de las razones de identidad.

La arqueología no es una disciplina moderna. “Archaiologhia” es un término griego que desde la antigüedad significaba discurso, investigación sobre las cosas del pasado. Tenemos el ejemplo de Tucídides, quien fue testigo de la purificación de Delos, isla famosa por el templo de Apolo, ocurrida en el año 426, en la que se desenterraron las tumbas y se transportaron a otras localidades de la isla. El historiador griego observó que más de la mitad correspondían a los carios, a los que se reconocía por la forma de las armas con ellos enterradas y de la sepultura que aún se practicaba (autor anónimo, 1985). De esta manera, vemos que historia y arqueología aparecen ligadas en tiempos remotos, como ahora.

Llegamos entonces a otra problemática: si la arqueología no es un invento contemporáneo —lo que sí son contemporáneas son las técnicas que actualmente utiliza—, podemos también preguntarnos si en nuestro territorio pudo haberse desarrollado en épocas más antiguas a la Colonia. En otras palabras: ¿Es posible hablar de prácticas arqueológicas en la época prehispánica? ¿Qué ejemplos podemos encontrar que nos sugieran algún interés arqueológico?

Bernal nos proporciona un ejemplo de coleccionismo prehispánico: “el de la gran ofrenda de Tres Zapotes, que contuvo una variedad de objetos de diferentes épocas sugiriendo un móvil de coleccionismo (Drucker, 1955, citado en *op. cit.*: 19). Más clara es la visión histórica

de los indios, presente en: *a*) las estelas mayas de Piedras Negras, que conmemoran la sucesión y los nombres de los señores que allí reinaron, *b*) la Piedra de Tizoc, que ensalza las conquistas de ese emperador (*ibidem*: 19) y *c*) los Murales de Bonampak y Cacaxtla que narran eventos de trascendencia regional como encuentros y guerra entre etnias diferentes. Entonces, si existió un sentido histórico entre las sociedades prehispánicas, ¿no podría también haber habido un sentido arqueológico?



● Xochicalco, Morelos.

Matos (1993: 64) nos informa que se han localizado más de 40 piezas teotihuacanas entre las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlán, junto con piezas aztecas y de otras áreas controladas militarmente por los mexicas. Los aztecas excavaron en Teotihuacan y como puede leerse en *La leyenda de los soles* (Velázquez, 1945), consignaron su origen en ese lugar, por lo que también echaron mano del pasado como justificación de su presente.

Conclusión

Hemos visto que la arqueología es una práctica mucho más antigua de lo que habíamos estado dispuestos a aceptar. La arqueología es un esfuerzo más de los grupos humanos por comprenderse a sí mismos. Se distingue de otras búsquedas por el énfasis dado a las relaciones establecidas entre los artefactos, los materiales de la naturaleza y las sociedades.

En este ensayo, se han ubicado los inicios de la arqueología contemporánea en los primeros días de la Colonia. No obstante, quedan en la oscuridad los orígenes de las primeras arqueologías. Para saber más sobre ellas, será necesario recurrir a la arqueología misma. Entonces... seremos un poco más sabios.

Por lo pronto, los dejo con David Strug: “La historia es sólo útil cuando nos explica el pasado al mismo tiempo que nos da una visión del futuro”.

Bibliografía

- Alcina Franch, José
1991. “Guillermo Dupaix y los orígenes de la arqueología en México”, en *Estudios de historia novohispana*, vol. 10, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 325-346.
- Armendáriz Zúñiga, Jorge
1990. “200 años de la arqueología mexicana”, *Tiempo Libre*, del 9 al 15 de agosto, México, pp. 4-5.
- Anónimo
1985. “La arqueología en la antigüedad”, en *Antiguas civilizaciones, cómo eran y qué dejaron*, vol. 1, México, UTEHA, pp. 69-97.
- Bernal, Ignacio
1967. *Museo Nacional de Antropología de México. Arqueología*, México, Aguilar.
1979. *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa.
- Boturini Benaducci, Lorenzo
1974. *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, México, Porrúa.

- Cyphers Guillén, Ann y Anna Di Castro
1988. “Frederick Catherwood y John L. Stephens”, en Lina Odena Güemes/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 9, Los protagonistas, México, INAH.
- Charnay, Désiré de
1992. *Viaje al país de los mayas*, México, Dante.
- Díaz-Andreu, Margarita
1998. “Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo”, *Arqueología*, núm. 20, México, INAH, pp. 115-138.
- Díaz del Castillo, Bernal
1939. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México.
- Díaz, Juan
1858. “Itinerario de la armada del rey católico a la Isla de Yucatán...”, en *Colección de documentos para la historia de México*, publicada por J. García Icazbalceta, México, vol. 1, pp. 281-308.
- Fagan, Brian
1984. *Precursores de la arqueología en América*, México, FCE.
- Gamio, Manuel
1986. *Arqueología e Indigenismo*, México, Instituto Nacional Indigenista.
- Gándara, Manuel
1992. *La arqueología oficial mexicana*, México, INAH.
- Gándara, Manuel y Linda Manzanilla
1977. “La arqueología como ciencia en México”, *Naturaleza*, vol. 8, núm. 5, México, pp. 286-295.
- García-Bárcena, Joaquín
s./f. “Las ciencias naturales en la arqueología de México”, México, Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, mecanoscrito.
- García del Cueto, Haydée
1988. “Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas”, en Mercedes Mejía Sánchez/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 7, Las Instituciones, México, INAH, pp. 371-383.
- González Arratia, Leticia
2001. “La Prehistoria y el inicio de la arqueología científica en México. La obra de don Pablo Martínez del Río y Vinent”, *Diario de campo*, núm. 39, México, diciembre, pp. 47-50.
- León y Gama, Antonio
1990. *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*, México, INAH (Edición facsimilar de 1832).
- Litvak King, Jaime
1985. “La Escuela Mexicana de Arqueología: un desarrollo científico mexicano”, *Deslinde*, núm. 164, México, UNAM.
2000. *Introducción a la arqueología. Todas las piedras tienen 2000 años*, México, Trillas.
- Lorenzo, José Luis
1998. *La arqueología y México*, Lorena Mirambell y Jaime Litvak (comps.), México, INAH.
- Manrique Castañeda, Leonardo
1988. “Leopoldo Batres”, en Lina Odena Güemes/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 9, Los protagonistas, México, INAH, pp. 242-254.
- Martínez del Río, Pablo
1936. “Los orígenes americanos”, tesis de maestría, México, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, UNAM.
- Mastache, Alba Guadalupe y Robert H. Cobean
1988. “La arqueología”, en Ma. De la Luz del Valle Berrocal/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 5, Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera, México, INAH, pp. 39-65.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1993. “Excavaciones recientes en Teotihuacan”, *Ciencia y Desarrollo*, vol. XIX, núm. 112, México, Conacyt, sep-oct, pp. 64-71.
- Mirambell, Lorena y Jaime Litvak (comps.)
1998. *La arqueología y México*, México, INAH.
- Montes Recinas, Talía
2004. “Una publicación inconclusa, un reconocimiento no dado. Inspectores y Subinspectores de Monumentos Artísticos e Históricos de la República, 1930”, *Suplemento de*

Diario de Campo, núm. 69, México, Coordinación Nacional de Antropología, INAH.

• Navarrete, Carlos

2000. *Palenque, 1784: el inicio de la aventura arqueológica maya*, Centro de Estudios Mayas, Cuaderno 26, México, Instituto de Investigaciones Filológicas/ Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

• Noguera, Eduardo

1951. "Veinticinco años de arqueología en México", en *Homenaje al Dr. Alfonso Caso*, México, pp. 283-291.

1975. *Arqueología de Mesoamérica*, México, Porrúa.

• Olivé Negrete, Julio César

1988. "Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos de la Secretaría de Fomento (Dirección de antropología)", en Mercedes Mejía Sánchez/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 7, Las Instituciones, México, INAH, pp. 57-70.

1988b. "Instituto Nacional de Antropología e Historia", en Mercedes Mejía Sánchez/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 7, Las Instituciones, México, INAH, pp. 206-229.

• Rodríguez García, Ignacio

1996. "Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología", en *La historia de la antropología en México*, México, Plaza y Valdés, pp. 83-103.

• Sagan, Carl

1985. *Cosmos*, México, Planeta.

• Schalvelzon, Daniel

1982. "La primera excavación arqueológica de América Latina. Carlos de Sigüenza y Góngora en Teotihuacan (1680)", Puebla, México, Dirección General de Proyectos Académicos, mecanoscrito.

• Sepúlveda y Herrera, María Teresa

1988. "Eduard Georg Seler", en Lina Odena Güemes/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 11, Los Protagonistas, México, INAH, pp. 436-446.

• Soustelle, Jacques

1988. "Los aportes de la antropología francesa", en María de la Luz del Valle Berrocal/Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 5, Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera, México, INAH, pp. 265-280.

• Trigger, Bruce

1992. *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica.

• Vázquez León, Luis

1996. *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, The Netherlands, Research School CNWS Leiden.

• Velázquez, Primo Feliciano (trad.)

1945. "Leyenda de los soles", en *Códice Chimalpopoca*, México, Instituto de Historia, UNAM, pp. 119-128.

